

LECTURAS EJEMPLARES

Prometeo

Herminio Almendros

En el mismo país que hoy llamamos Grecia vivió hace ya siglos el pueblo de los griegos antiguos, uno de los pueblos más inteligentes y sabios de aquellos lejanos tiempos.

Hay en ese país una montaña muy alta, que esconde su cima entre las nubes. Llamábanle ya aquellos griegos el Monte Olimpo, y habían imaginado que la cima del monte era como el cielo donde vivían los muchos dioses que su poderosa fantasía había inventado.

Júpiter era como el rey de todos aquellos dioses. Era el gran dios todopoderoso y temido; cuando se enfurecía lanzaba truenos y rayos sobre la tierra, y los hombres se ocultaban miedosos, y hasta los mismos dioses temían.

Júpiter reinaba en el Olimpo con una grandísima corte; su esposa Juno, la diosa reina; sus hijos: Apolo, dios del sol, de la música y de la poesía; Artemisa, diosa de la luna; Palas Atenea, diosa de la inteligencia; Ares, dios de la guerra, y muchos más.

Entre los muchos dioses y seres sobrenaturales que vivían en aquel cielo de Júpiter, estaba Prometeo, el gigante que no temía la ira del severo rey. Era Prometeo uno de los Titanes que habitaban la tierra antes de la creación de los hombres.

El encargado de crear al hombre fue Prometeo mismo.

Tomó puñados de la tierra de Grecia, los amasó con agua y hizo la figura del hombre, a la que dio vida y poder para que se multiplicara. E hizo erguida a la criatura humana para que, así como los animales bajan la cabeza para mirar al suelo, ella llevara la suya levantada para mirar al cielo.

Prometeo llegó a querer mucho a los hombres que había creado. Los miraba satisfecho de verlos vivir. Pero cuando vino el otoño y soplaron los primeros fríos del invierno, vio que los hombres ya no reían y los vio temblar con gestos de dolor. Los animales tenían la piel espesa y peluda y podían refugiarse entre las grietas de la tierra, pero el hombre no podía protegerse y sufría.

Prometeo se conmovió con el dolor de los seres que había creado. Pensó en atraerlos al soleado Olimpo, libre de inviernos, pero allí no les era permitida la entrada a las criaturas humanas. Tenía que pensar en otra manera de ayudar-

los.

Pensó y pensó y vino a recordar al dios Vulcano, hijo también de Júpiter, castigado a trabajar en una enorme fragua del fondo de la tierra, donde forjaba los rayos y las armas de su padre.

Si Vulcano le concediera tan sólo un poco del fuego de su forja!

De noche salió Prometeo del Olimpo. De estrella en estrella fue bajando en silencio hasta la tierra para que Júpiter no supiera su aventura. Júpiter no quería que los hombres tuvieran poder alguno, temeroso de que algún día se atrevieran a conquistar su reino.

Cuando llegó Prometeo a la tierra buscó una profunda grieta al borde del mar, y por una grieta entre rocas fue bajando, bajando por esquinas de piedra en busca de la fragua del dios.

En el camino oscuro divisó al cabo una raya de fuego, y allí llegó, ante la enorme puerta de la herrería de Vulcano. Llamó con recios golpes que resonaron entre ruido de yunques y martillos, y la puerta se abrió, y Vulcano reconoció sorprendido a Prometeo.

Ya sabía Prometeo que a Vulcano le estaba prohibido ceder el fuego de los dioses, pero probó a conmovir su corazón.

Hemos creado a los hombres -le dijo-. Allí están viviendo para adorar a Júpiter, pero ha llegado el invierno y sufren y mueren de frío. No debemos dejarlos sin amparo.

Si -respondió Vulcano-, cierto es lo que dices, pero bien sabes que nada podemos hacer para socorrerlos-. Y siguió forjando al rojo vivo un rayo divino.

En aquel instante en que Vulcano fingía estar distraído en su trabajo, encendió rápido una antorcha Prometeo y desapareció con ella por la oscura galería de roca.

Aquel mismo día los hombres siguieron a Prometeo, rodearon a Prometeo, el del encendido brillo en el puño, y Prometeo les enseñó el fuego enemigo del frío y les dijo cómo podían mantenerlo y avivarlo con las ramas secas de los árboles. Y las voces y los cantos se oyeron para bendecir a aquel amigo de los hombres que les trajo la lumbre que caldea el hogar y funde los metales de los arados, de las armas de caza y de las monedas.

Se enfureció Júpiter al saber que los hombres poseían ya el fuego que él había encerrado en



el fondo de la tierra, y bajó a la caverna a preguntar a Vulcano:

¿Has sido tú el que les dio el fuego que te di a guardar?

-No, no he sido yo -contestó Vulcano, deseando salvar a Prometeo-. Yo he trabajado y he hecho para ti las más brillantes armas jamás forjadas. Ven a recrear tu vista en esta hermosa armadura.

Pero Júpiter no dejó de preguntar hasta saber la verdad.

-¡Ahora -dijo a Vulcano-, obedéceme! Forja pronto las más fuertes cadenas que puedan salir del fuego de tu fragua. Voy a encadenar a Prometeo a la roca de la región más desolada de la tierra. Una de mis águilas lo atormentará día y noche para siempre.

Y regresó Júpiter al Olimpo, y Vulcano forjó las cadenas y las llevó a la gran roca del Cáucaso, donde esperaban con Prometeo los enviados de Júpiter.

Agujereó Vulcano la roca negra, encajó allí los garfios de hierro y ató la cadena a los tobillos y a los puños de Prometeo; luego volvió el dios la cabeza y se alejó a largos pasos para no ver sufrir al héroe.

Allí quedó, cara al cielo, encadenado, Prometeo, y por sobre la roca volaba en círculos el águila que comería día a día, eternamente, de las entrañas del Titán.

Prometeo sabía que los hombres ya no sufrían y que vivían felices, y eso le servía de consuelo en su tormento. Nunca, además, abandonó la esperanza de volver a ser libre.

Pasaron años de dolor para Prometeo en la solitaria roca, y un día llegó Hércules a liberarlo.

Era Hércules hijo de Júpiter y de una mujer de la tierra. Tenía, pues, en su naturaleza de hombre, también naturaleza de dios. No había en toda la tierra un ser tan fuerte como Hércu-

les. Juno, la celosa esposa de Júpiter, lo había condenado a ir por el mundo acometiendo las proezas más difíciles, y Hércules iba y venía, siempre victorioso.

Un día acertó a pasar cerca de la roca donde Prometeo estaba encadenado. Vio cómo el águila bajaba a devorar el hígado en el costado abierto del gigante indefenso, y sintió horror a la crueldad del tormento.

Empuñó su poderoso arco, dispuso en él la flecha más recta y fue a dar con ella en el corazón del águila. Luego subió a la roca y, con un firme esfuerzo de sus brazos, hizo saltar las fuertes cadenas. Una de ellas quedó aún colgando del pie de Prometeo, con la argolla que lo sujetaba y con un pedazo de roca pegado en su extremo de garfio.

-He estado aquí preso años y años -dijo Prometeo-, hasta que tú has llegado. Dime, Hércules, cómo puedo ayudarte yo a ti.

Y Prometeo acompañó a Hércules para enseñarle el camino de una de sus hazañas. Luego volvió donde vivían los hombres, para seguir ayudándolos y contentarse de verles felices.

Júpiter vio desde el Olimpo a Prometeo libre, pero pensó que su mandato estaba cumplido, pues el héroe llevaba una cadena sujeta a un pie, y en el extremo el garfio de hierro estaba bien clavado en un pedazo de roca.

Regresó Prometeo al Olimpo a vivir con los dioses, pero en la tierra los hombres jamás lo olvidaron. Todos los años celebraban una fiesta en su honor. Los más fuertes y rápidos jó-venes, portando en el puño una antorcha encendida, corrían en las ciudades griegas carreras de relevos en memoria del héroe portador del fuego.